

Un relato oscuro

María de Lourdes Silva

Junio 26 de 2020



Un pasillo largo, solamente iluminado por antorchas de un extravagante color rojizo, un piso cuidadosamente cubierto por una alfombra de terciopelo carmesí, de paredes lisas y sin ninguna grieta. Cada paso en aquel lugar resonaba como el eco de una trompeta del apocalipsis, porque, si alguien se hallase recorriendo aquel difuso pasillo solo podía significar una cosa: caos.

Al final de ese pasillo, se alzaba una puerta de madera, con herrajes de oro que pareciesen estar pintadas de rojo por el leve brillo de las antorchas, y fisuras que aumentaban su tamaño conforme se acercaban a los bordes, con diseños únicos, que asemejaban caras de hombres agonizantes.

Custodiada por dos guardias, que se plantaban firmemente junto a la puerta, cubiertos por capas negras y caperuzas, me miraron; no podía verle las caras, pero sabía que me observaban, era una mirada que penetraba mi pecho. Después de unos segundos, simplemente me abrieron paso.

Dentro de la habitación el ambiente no era muy diferente, se sentía más asfixiante. En cada una de las cuatro esquinas había un hombre, igualmente

encapuchado como los guardias de antes, pero, estos sostenían una vela de cera roja entre sus manos. Las paredes exactamente igual que las del pasillo, lisas y sin ninguna imperfección, sin embargo, te daban la sensación de que había algo a través de ellas, como si un centenar de ojos te miraran fijamente, cruzando tu alma en una fracción de segundo. Dos vigas se alzaban sobre mi cabeza, sosteniendo un arco con dibujos de nubes y ángeles pintados. Alcé mi cabeza, uniendo mirada con uno de los querubines, tan inocente a la vista, pero, una vez mirándolos mejor, te encontrabas con caras maquiavélicas y sonrisas burlescas.

—¿Se te perdió algo?

Bajé la mirada, guiando mis ojos al centro de la habitación. Una mesa redonda, con un mantel negro, tanto como el cielo nocturno y sin estrellas; nueve sillas, o más bien, nueve tronos, cada uno exactamente igual, pintados de negro y con picos decorándolos en las puntas. En ocho de ellas, se encontraban sentados aquellos seres, los cuales, no podría asegurar si eran simples mortales jugando a ser demonios, o demonios simulando ser humanos.

—No. Contesté.



Pasé mi mirada sobre sus figuras amorfas, observando cómo cada uno era más excéntrico que el anterior. Lo más destacable en ellos, eran sus ojos, brillaban, incluso, más que las velas; amarillo, naranja, verde, azul y gris.

—Estás más distraído que de costumbre, ¿no te alegra estar de vuelta? Miré de reojo al que había hablado, el único de la habitación con la piel tan pálida que casi se confundía con su cabello blanco, pero, que al mismo tiempo hacía resaltar sus ojos de esclerótica negra e iris verde y alargado como las pupilas de un gato, además de que hacía notorias las finas gotas de un líquido tan espeso como la sangre, tan oscuras como un abismo, que resbalaban desde su coronilla, atravesando sus ojos y cayendo hasta sus labios de los cuales salían dos afilados colmillos tan blancos como la porcelana; el único con la suficiente valentía o estupidez para hacer sus comentarios burlescos en mi presencia.

—¡Pero ¿cómo no va a estar alegre? ¡Si nos ama!

Otra de las seis voces, una voz más chillona y de mujer, habló.

Ella se encontraba sentada a pocos pasos del anterior, mirándome como si fuera lo más interesante de la sala, mientras, se acomodaba sus mechones platinados

que se encontraban enmarañados entre los dos cuernos de cabra que se enroscaban hacia atrás en su cabeza. Un sonrojo se asomaba sobre sus mejillas de piel amarillenta con dos corazones negros pintados en ellas, y se extendía hasta sus orejas, las cuales cargaban con una docena de perforaciones.

Una carcajada rompió el silencio que se extendía sobre la habitación. El dueño de la voz, un hombre con una máscara de pico que distorsionaba sus ojos dorados, de cabello negro cubierto por un imponente sombrero de copa y barba; de ropajes aún más llamativos, pues estaban hechos de telas naranjas y en el cuello bordes de plumas gruesas color negro y ámbar. Recargó su cabeza en la palma de su mano, disfrutando de las burlas que los otros dos habían dicho.

—¿Es que acaso todos desayunaron payaso? ¡Dejen de parlotear incoherencias o les cortaré la lengua! Vociferó la chica que se encontraba sentada al otro extremo de la mesa.

Su corto cabello marrón se agitó con violencia, tapando la mitad de su cara; su hermano jaló de la cadena, indicando que debía calmarse; él también tenía el cabello de tono marrón, pero con toques tonos rojizos, y la piel y los ojos grises iguales a los de su hermana. Ambos vestían una túnica negra con una cruz invertida blanca que decoraba el pecho de ambos. Lo más notorio en ellos eran las cicatrices, todas exactamente iguales, tanto en él, como en ella.

—Vamos, chicos, no peleen entre sí, somos un equipo, ¿no?
Ni siquiera me molesté en mirar a la dueña de la voz. Sabía quién era, pues reconocía cada sonido que salía de la boca de esa arpía con voz de ángel; la miré con aversión, sin ocultar el asco que sentía, aunque eso solo hizo que mi furia creciera al ver como su sonrisa burlona se ampliaba y su larga lengua de serpiente vibraba una vez que nuestros ojos hacían contacto. Su piel repleta de pecas, sus pómulos ensuciados eternamente por escamas turquesas, su cabello rubio que cubría las vendas que rodeaban la parte derecha de su cara, su único ojo visible, que brillaba a pesar de ser completamente negro al igual que sus labios y su lengua; todo, absolutamente todo de ella me repugnaba.

—Siéntate, estábamos a punto de comenzar. Volvió a hablar.

Caminé con fastidio, arrastrando los pies, y me senté en el único sitio disponible, entre uno de cabello rubio, casi blanco y de ojos morados que vestía un uniforme militar negro, y una capa desgarrada, donde lo más notorio era que una de las manos y la mitad de su cara tenía un aspecto cadavérico en donde se llegaban a notar los huesos; y el otro, de cabello grisáceo y ondulado, que vestía un chaleco blanco

sobre su camisa de manga larga color índigo, y lo más curioso, una venda negra que le cubría ambos ojos.

Me dejé caer en el asiento, sin preocuparme por el escándalo que causara, y cerré los ojos, deseando estar lejos de ese orco.

—¿Qué opinas?

Abrí los ojos con la certeza de que la pregunta era para mí.

La luz me cegó inmediatamente, una luz que no veía yo desde hacía mucho tiempo.

Observé a mi alrededor, intentando adaptar mis pupilas a la iluminación del lugar; estaba sentado en un cómodo sillón rojo, justo al lado de un ventanal gigante con vistas a una grande y hermosa ciudad tocada por los rayos amarillos y anaranjados de las primeras horas de la mañana. Me despabilé gracias al olor de un café recién hecho, y miré frente a mí; la chica más hermosa que podía haber conocido nunca, de cabello dorado y ojos avellana que brillaban bajo el reflejo del sol.

—¿Me estas oyendo? Volvió a preguntar con una sonrisa y una mirada irónica. Rasqué mi cabeza.

—Define oír.

Ella rio con suavidad. Se recargó en el sillón y tomó su taza para darle un sorbo a su café.

—No has dormido bien, ¿verdad?

Suspiré e imité la acción de tomar la taza.

—Tenía insomnio anoche, así que estuve puliendo el discurso de mañana durante la madrugada. Tomé el maletín que estaba a mi lado, lo abrí y rebusqué los bocetos del discurso. También escribí un discurso extra, a mí me parece mejor que el actual.

Le entregué los papeles a mi compañera, quien tan solo tomarlos empezó a leer. Entrelacé mis manos, esperando ansioso su opinión.

—Me gusta, pero, ya no hay tiempo de cambiar por completo tu discurso, tal vez podríamos implementar algunas cosas de este al final, pero, no todo.

Asentí con la cabeza mientras le daba un sorbo a mi café.

—Lo sé, me parecieron buenas ideas y quería enseñártelas.

Su celular interrumpió nuestra plática, ella hizo una seña para que guardara silencio y respondió.

Mientras ella hablaba, me dediqué a observar a través del ventanal; la gente caminaba de un lugar a otro con prisa, los autos avanzaban y eventualmente se detenían para dejar pasar a los peatones; la mayoría de los transeúntes eran adultos, y era algo normal, ya que a esa hora los niños ya debían estar en clases.

—...Sí, de acuerdo. Muchas gracias por avisar.

Regresé la vista a mi compañera.

—¿Quién era? Pregunté una vez que ella colgó la llamada. Suspiró.

—Era el señor Álvaro, quería avisarme que la junta con los patrocinadores se adelantó para las dos.

—¿La junta con los patrocinadores? ¿No era mañana?

Ella asintió, mientras recogía sus cosas.

—Era, la recorrieron hace una semana. Estuviste muy ocupado, así que no vi necesario decirte, de todas maneras, soy yo la que iba a asistir desde el principio.

—Pero ¿No debería ir yo? Tal vez necesiten que yo vea las estadísticas de...

—No te preocupes. Me interrumpió. — El único motivo de la junta es para anexar los resultados de las encuestas de popularidad. Deja de inquietarte e intenta descansar un poco, todo está resuelto, eres el favorito y el más apto para el puesto; lo único que queda es que te nombren presidente, el mejor y más joven presidente de la asamblea.

Me sonrió y se levantó cuando terminó de recoger sus cosas, alisó un poco la falda de su traje y dio un último sorbo a su café. Me levanté junto a ella.

—Tengo que terminar algunas cosas antes de la junta y también quiero discutir lo de las partes que te gustaría incluir en el discurso final, así que me temo que nuestra plática tendrá que posponerse hasta otro momento, ¿te parece?

Asentí con la cabeza. Ella, sabiendo que aún no estaba del todo convencido, colocó una mano en mi hombro y me miró seriamente, pero, con diversión en sus ojos.

—Intenta no desmayarte por el cansancio sin que esté yo para salvarte y de paso tomar unas fotos para el recuerdo.

Reí, sintiendo como un peso se deslizaba de mis hombros. ¿Qué haría yo sin ella?

—Lo tomaré en cuenta, pero, no prometo nada. Dije, cuando ella comenzó a caminar hacia la salida de la cafetería. Gritó algo, y aunque no fui capaz de entenderle, sabía que era un reproche. Reí con ternura y recogí igualmente mis cosas para después pedir la cuenta.

Ella me había apoyado y estado junto a mí desde antes que pudiera distinguir dónde empezaba mi memoria; ambos estaríamos dispuestos a dejarnos caer en un abismo repleto de espinas, sabiendo que el otro estaría allí para salvarlo.

Con mi maletín en mano salí de la cafetería, que, por cierto, se encontraba en el edificio donde trabajaba; el edificio que me vio siendo un novato saca copias cuando entré, y que ahora me vería convertirme, con tan solo veintiséis años, en el dirigente de una de las organizaciones más importante para la armonía mundial.

Había llegado ya a estar frente a la puerta del elevador, apreté el botón para bajar y esperé. Un suspiro escapó de mis labios que se encontraban curvados en una pequeña sonrisa... Aún me parecía algo irreal, que, siendo tan solo yo, estuviera a punto de ser el líder de algo mucho más grande de lo que nunca imaginé y tener a mi disposición las herramientas para hacer un mundo mucho mejor, un mundo justo.

El pitido del ascensor me indicó su llegada, así que salí de mi nube de ensoñación y me concentré en la realidad cuando las puertas metálicas se abrieron.

Dentro del cubículo estaba una joven trajeada y con varios papeles en las manos. Nuestras miradas se encontraron, y el brillo de sus ojos huyó dejando en su lugar una mirada llena de odio.

—Mi día estaba yendo bastante bien hasta este momento. Musitó entre dientes, pero, alcancé a oírla perfectamente.

Sin ocultar su disgusto hacia mí, salió del elevador, chocando mi hombro en el proceso.

No dije nada, solo dejé que se marchase. Ella, era la otra candidata con la que competía; habían sido pocas las veces en que habíamos cruzado palabra, y era solo para debates y entrevistas, ~~pero~~, ella parecía odiarme. Suspiré, me hubiera gustado hacer las paces con ella y entender por qué ese desprecio. Alguna vez mi compañera me dijo que las personas solo actúan por envidia y malicia, ~~pero~~, no podría creerlo, no sin conocer antes y tratar de entender las razones.

Intenté desechar los malos pensamientos de mi cabeza mientras el elevador bajaba y simplemente relajarme, tal y como había dicho mi compañera.

Había llegado el día, el día en que se decidiría mi futuro.

Me había levantado, incluso, antes que el sol, había escogido mi mejor traje y peinado mi cabello hacia atrás. Salí de mi departamento con mucha antelación, previniendo un posible atascamiento, que, afortunadamente, no sucedió; llegué al punto acordado donde nos reuniríamos mi compañera y yo, y esperé, pues aún era temprano. Era difícil notar mi nerviosismo, ~~pero~~, las palmas de mis manos sudaban y tenía una opresión en el pecho, que, al contrario de lo que debía ser, no era molesta, era como un aviso de que algo grande estaba por ocurrir.

Después de unos minutos, divisé a mi compañera. Levanté mis manos enérgicamente y la salud, aunque ella solo respondió con una mueca que trataba de aparentar ser una sonrisa, no le di importancia, ~~pues~~ lo atribuí a los nervios. Juntos caminamos hacia el edificio donde se llevaría la asamblea y las votaciones. Entramos y ambos nos dirigimos a nuestros sitios, sin embargo, antes de que ella se fuera, la tomé por los hombros y la obligué a mirarme a los ojos.

—Hoy es un día muy importante, ¡Demos lo mejor de nosotros! Dije lleno de entusiasmo.

Ella asintió con una sonrisa en la cara, no obstante, su sonrisa se veía forzada, como si estuviera incómoda. Mi estómago se revolvió y mi sonrisa perdió fuerza.

—No te preocupes, daré lo mejor de mí.

Se alejó con paso rápido y se perdió entre los cúmulos de gente.

Masajeé mis sienes sin poder procesar lo que acababa de pasar. Ahogué un suspiro y caminé hacia la zona donde debía estar.

La habitación era muy grande y espaciosa, con asientos de madera cubiertos con cojines color vino y mesas del mismo material con un cartel que indicaba la nacionalidad. Había muchas personas de diferentes partes del mundo, de diferentes razas e idiomas, también había una cantidad inconmensurable de periodistas, tanto dentro como fuera del recinto, aunque solo unos pocos tenían la autorización de transmitir la asamblea.

—Acaba de entrar a la sala uno de los cinco candidatos a la jefatura, el más joven de ellos, y, por más increíble que suene, el predilecto a ganar...

Reconocí entre las voces la de una conductora de un canal muy famoso; mi corazón saltó de emoción, pues estaban hablando de mí.

—Hoy, viernes doce de mayo, empieza la junta electoral de la organización mundial de acuerdos para la salvaguardia de la paz entre naciones. Como cada cinco años, estamos reunidos para elegir a los nuevos cargos...

Mi corazón se aceleró, y busqué discretamente a mi compañera, que estaba sentada al otro lado de la sala.

La reunión transcurrió con normalidad, y, por fin, llegó el turno de elegir al nuevo presidente. Yo sería el último candidato en pasar, así que me dediqué a respirar y escuchar con atención los discursos de los otros cuatro candidatos.

—...He prometido muchas cosas, he compartido todo lo que quiero hacer, todo lo bueno que quiero que se refleje en este mundo. Sin embargo, no puedo prometer que todas se cumplan en un futuro próximo, pues estoy soñando con la cima cuando apenas estamos empezando a escalar; no quiero darme a conocer por ser el candidato que tenga más propuestas, o que tenga las más elaboradas, no...

Un punzón en el estómago me obligó a alzar la cabeza, mi garganta se secó y palidecí.

—Tampoco quiero darme a conocer por empezar cientos de proyectos y no finalizar ninguno. ¿Qué deseo? Deseo, que todas las personas del mundo puedan desarrollarse emocional y físicamente con todas las necesidades cubiertas; quiero un mundo sin racismo ni barreras impuestas por mentalidades retrogradadas; un mundo, donde las personas puedan salir sin necesidad de sentir miedo. Sí, quiero un mundo así, pero, sé, que no podré ver el resultado de todo y al mismo tiempo...

Esas palabras, ese discurso, yo lo conocía, lo conocía a la perfección. Ese era el borrador del discurso que quise y, por falta de tiempo, no pudo ser el discurso final. ¡La candidata que me veía con odio cada que nos cruzábamos, que me dedicaba miradas de desagrado, esa mujer, ella estaba leyendo mi discurso como si fuera suyo!

—Por eso, prometo luchar por edificar los cimientos más firmes para la solución de los problemas más terribles. Prometo dar todo de mí para empezar los cambios...

“Los verdaderos cambios, que sean capaces de construir un mundo donde la paz no sea un anhelo...”

—...los verdaderos cambios, que sean capaces de construir un mundo donde la paz no sea un anhelo...

“...sino una realidad, una realidad justa para todos.”

—...sino una realidad. Una realidad justa para todos.

Quedé paralizado y con la mente en blanco. No había cambiado ni un solo detalle, lo había copiado sin descaro.

Una lluvia de aplausos cayó sobre el silencio de la sala. No eran aplausos solo por educación, eran aplausos verdaderos.

Después de que todo el barullo se calmara y volviera el silencio sepulcral, fue mi turno de pasar al frente. Respiré hondo y me acerqué al micrófono.

—Muy buenas tardes a todos...—Luchaba con todas mis fuerzas porque mi voz no sonara temblorosa. —... Hoy, vengo a hablar con sinceridad, y es por eso que todo lo que diga aquí, tendrá mi promesa de que se luchará por ello...

Los nervios iban aumentando con cada palabra, pues me acercaba al final del discurso. Pausé mis palabras cuando llegué al párrafo final.

—Hoy, he hecho muchas promesas, he compartido todo lo que deseo hacer, todas las aspiraciones que deseo para este mundo. Sin embargo, no puedo prometer que todas se cumplirán con rapidez...

Observé las caras llenas de confusión de algunos presentes, tragué saliva y seguí.

—No quiero darme a conocer como un candidato que promete cientos de cosas, ni muy elaboradas. Tampoco quiero que me conozcan por empezar cientos de sueños y finalmente olvidarlos. Deseo un mundo lleno de comodidades, donde las personas no tengan que sufrir ni un día sin comer, un mundo donde las personas

se vean más allá de las razas y costumbres. Quiero un mundo así, y es por eso que empezaré primero por edificar los cimientos de las soluciones a los problemas, para construir un verdadero cambio, que lleve al mundo donde...

Mi garganta se secó.

—... un mundo donde la paz no sea un sueño, sino una realidad justa para todos.

Se creó un silencio agonizante de apenas unos segundos. Mis oídos pitaban, y mis ojos se habían nublado.

Por fin, los aplausos sonaron, pero, más por lástima, pues podía ver como los altos cargos hablaban entre ellos y me miraban con desaprobación.

Después de eso, las votaciones fueron aún más agonizantes, aunque yo ya sabía el resultado.

—Finalmente, —habló el exjefe. —El candidato elegido para la presidencia, es...

Mis ojos se nublaron y mis oídos empezaron a palpar; todo, desde las botellas de agua hasta las personas emocionadas habían cambiado, todo se veía muy lejano, como si fuera solo un sueño...

Mis manos se movieron solas, chocando las palmas en aplausos sin vida, sin emoción. La ahora presidenta, caminó hasta el podio donde el expresidente la recibió con un apretón de manos.

Entonces, como un frío balde de agua, la realidad me golpeó. El elegido no era yo, no había sido elegido presidente, y lamentablemente no era lo que más me dolía, sino el hecho de que, junto a la presidenta, se encontraba mi compañera, con una sonrisa de triunfo y felicidad.

La miré, y no pude evitar sentir como algo dentro de mí se desgarraba con lentitud. Sus ojos hicieron contacto con los míos, y tan pronto nuestras miradas se unieron, ella sonrió, una sonrisa que, aunque había visto antes, nunca fue para mí: desprecio, burla, odio... Una oscuridad se extendió a mí alrededor y caí, caí a un

abismo con espinas en lo más profundo, donde la única luz que se alzaba en el borde había desaparecido.

—Fuiste tú, ¿cierto?

Después de semanas, o tal vez meses, en donde veía como todo a mi alrededor se volvía cada vez más oscuro, y donde mi mísera existencia se basaba en impugnar la idea de que todo lo que había hecho, todo por lo que había trabajado, se había reducido a cenizas; ahora, todos me habían rebajado a un farsante, del que su palabra no valía más que un par de dólares. Sin embargo, me mantuve neutral a cerca de mi palabra y no creería que una persona tan importante como lo era mi compañera me hubiera traicionado.

Pero, ella no volvió ni una vez, dejando que me hundiera en mi propia miseria. Sin embargo, el destino quiso que nos encontráramos una vez más, justo en el lugar donde trabajamos tanto tiempo.

—Contéstame, por favor.

Apreté su muñeca con delicadeza. Ella se negaba a mirarme y había pasado a mi lado simulando no conocerme.

—No sé a qué te refieres. Con tu permiso, tengo trabajo que hacer. Habló con firmeza mientras trataba de soltarse de mi agarre.

Un punzón cruzó mi pecho como una fuerte descarga de energía.

—Sabes a lo que me refiero... Tú fuiste la que le dio el boceto del discurso, ¿Verdad? No estoy enojado, sólo quiero saber por qué; solo estaba siguiendo mi sueño de hacer un mundo más justo para todos.

—Así que no estás enojado. Me interrumpió. Había dejado de forcejear y apretaba fuertemente las carpetas que llevaba contra su pecho.

—Deberías estarlo, deberías odiarme.

Me miró con una expresión neutra como con la que me hablaba siempre. Sin embargo, sus ojos no brillaban y su sonrisa no expresaba amabilidad y dulzura como era habitual, sino burla. Era como si mi compañera, mi mejor amiga, mi todo, hubiera sido reemplazada por alguien completamente diferente.

—Yo saboté las elecciones, vendí tu discurso y pagué porque las personas no votaran por ti. ¿Por qué? ¿Quieres saber por qué? Porque te odio, no soporto tu personalidad llena de energía, ni tu vitalidad, ni tu imagen del mundo donde todos son buenos, pero, la vida nos ha tratado mal. ¡Eres un iluso que parece haber vivido en una burbuja rosa toda su vida, no sabes nada acerca de las personas y crees que todas van a cambiar con apoyo! Tus ideas pacifistas de un mundo “justo” y tú me dan asco, no sé cómo pude aguantarte todo este tiempo.

Mi mundo se había paralizado y el nudo de mi garganta que había estado molestándome desde el día que perdí las elecciones había desaparecido, mis rodillas temblaron hasta el punto de no poder soportar mi propio peso. Inconscientemente mi mano hizo presión sobre su muñeca, tanta que de sus labios se escuchó un quejido.

—Pero... siempre fui bueno, amable y trataba de llevarme bien con todos, nunca pensé que te estuviera lastimando. Me esforcé mucho por ser una persona útil con todos los que me rodean...

—Por favor, no vengas a hacerte la víctima conmigo, eso no funciona.

Exhalé tan profundo que la garganta me ardió. Solté su muñeca y pedí perdón por molestarla. Ella continuó su camino como si lo que acababa de pasar jamás hubiera sucedido.

¿Por qué? Si siempre he sido una persona honesta y de buenas intenciones, he sido paciente y trabajador, pero tampoco tengo una vida pintada de rosa.

Un ardor insoportable apareció sobre mis hombros, como si mil espinas se clavaran al mismo tiempo sobre mi piel.

“Has sido bueno con todos, pero, al final siempre te dan la espalda. ¿No estás cansado?”

Una voz resonó como eco en mi cabeza. Me quejé, pues todo mi cuerpo había empezado a doler como si me acuchillaran. Miré a mi alrededor, y, al otro lado de la calle, había un joven, vestido de negro y gris con una capucha cubriéndole la cabeza.

No pude verlo bien debido a que mi vista de había opacado y mi cabeza daba vueltas, ~~pero~~, una cinta blanca cubría sus ojos.

“Solo querías crear un mundo donde todos fueran felices, donde no hubiera personas mejores que otras y sólo fueran seres humanos, querías un mundo justo, pero, a cambio recibiste estrés, soledad y traición. ¿No has llorado por los comentarios de otros sobre qué eres un inútil? ¿No has callado todo el daño que te hace el rechazo de tu familia por querer cumplir tu sueño y no simplemente hacer algo ‘realista’? ¿No has sufrido por las heridas que te has causado ayudando a otros?”

El dolor pronto desapareció, aunque la sensación de estar siendo apuñalado seguía ahí. El mundo había quedado paralizado y la única cosa que resonaba en mis oídos eran los tacones de mi compañera caminando hacia el edificio donde trabajaba.

“Has sufrido tanto, y al final tu esfuerzo no ha dado frutos. ¿Es esto un mundo justo?”

No podía pensar con claridad, y solo una idea se repetía una y otra vez, en un bucle interminable que transformó los segundos en horas y los sonidos en ecos que cada vez se alejaban más de mi realidad; no quería seguir siendo pisoteado, no quería seguir siendo utilizado solo por mi buena voluntad, solo quería venganza. Después podría hundirme en mi propia miseria, pues alguien que ya lo ha perdido todo no puede perder más.

Caminé arrastrando los pies sin importar con quien chocara mi hombro, pues no me importaba nada en ese momento, ni yo, ni el dolor, ni la realidad. Alcancé con rapidez a mi compañera, ~~pero~~, me detuve en la entrada del imponente edificio donde trabajaba, o más bien, donde trabajé. Metí mis manos en mis bolsillos, y me congelé al sentir el exterior metálico de un encendedor, no me extrañé de que estuviera ahí, pues había empezado a fumar desde que todo pasó. Una imagen inundó mi cabeza, y finalmente todo se oscureció.

—¡Hey! —vociferé con un hilo de voz lo suficientemente alto como para que solo ella me escuchara.

Ella se giró con una mueca de fastidio, pero, su expresión cambió rápidamente al ver el mechero en mi mano.

No lo pensé dos veces y, movido por el dolor y el eco en mi cabeza, lo tiré sobre una maceta que estaba en la entrada. Solo hubo una flama de pequeño tamaño, que, en cuestión de segundos, creció con fiereza.

“¿Te sientes mejor ahora?”

Las llamas se extendieron sin control por el suelo de forma insólita, sin importar lo que tuviera a su paso, siendo guiadas por algo más que simple física, por algo... maligno. Unos gritos de tortura me regresaron a la realidad y, entre las llamas contemplé el cuerpo ardiente de mi compañera, luchando por vivir.

El miedo se apoderó rápidamente de mí, ¿qué había hecho? El dolor agonizante de las espinas regresó. Ahora era completamente insoportable, dobló mis rodillas y me hizo caer. Miré mis manos, que estaban siendo invadidas por una enredadera negra con espinas puntiagudas que penetraban mi piel; mis dos brazos, mi torso y cuello estaban rodeados por estos pinchos, perforando mi carne sin apaciguarse.

Intenté correr hacia las llamas y sacar a las personas, intenté gritar por ayuda, pero, el dolor no me dejaba ni siquiera derramar lágrimas. Deseé estar soñando, que solo fuera una pesadilla. Finalmente, mi corazón dejó de latir.

—Pregunté qué ¿qué opinas?

Me sobresalté y abrí los ojos, había regresado a la lobreguez de la habitación donde estábamos reunidos los nueve engendros del mal.

Todo había sido un recuerdo, muy desagradable, por cierto. Miré frente a mí, y de nuevo me topé con él cabello dorado y la sonrisa llena de burla de mis pesadillas. Suspiré con cuidado de no moverme de más y causarme daño con las espinas que

rodeaban mi piel, aunque, esto solo era costumbre, pues el dolor se había vuelto llevadero con el tiempo.

—¿Estás escuchando?

—No me interesa. Contesté con apatía por lo que varias sonrisas, incluida la de mi compañera, se ensancharon.

—Está bien, sigamos. .